

## ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA ASCENSION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in caelum, et sedet à dextris Dei. (Marc. xvi).*

Y el Señor Jesús, despues que les habló, se subió al cielo, y está sentado á la diestra de Dios.

1. Los hombres en el dia del triunfo son llevados desde el sumo riesgo y peligro de las batallas á la suma felicidad y gloria... Por esto tienen este dia por faustísimo y felicísimo entre todos.
2. Hoy celebramos el dia triunfal de Cristo... Triunfó de la muerte, triunfó del infierno: *Ero mors tua... morsus tuus ero...* Triunfó del pecado... Triunfó del reino celestial..., cuyas puertas...
3. Estos triunfos los describe san Juan en el Apocalipsis... De ellos celebramos hoy el nobilísimo y el postrero, al cual se destinaban todos los otros... De ahí cogimos que tambien celebramos hoy nuestro triunfo... Esta solemnidad pide, pues, que os explique qué afecto debamos tener al autor de tamaño beneficio, y qué debamos hacer para merecer y gozar su compañía.
4. Historia de la Ascension del Señor, segun san Lucas... El afecto piadoso de los discípulos para con Jesús que se ausentaba, lo describe san Bernardo por estas palabras: ¿Qué pensais, hermanos,...
5. Milagro insigne descrito por el escoliador de san Jerónimo, sucedido en el monte Olivete el dia de la Ascension del Señor.
6. Dejando algun tanto la tierra, subamos con el Señor... Las virtudes celestiales que le acompañan, exclaman, dice san Dionisio: Abrid vuestras puertas, príncipes...
7. ¿Quién es este que viene de Edom..., preguntan los de dentro... ¿Quién es este que viene de la tierra de los enemigos... ¿Quién es este tan hermoso en su estola... Y el mismo Señor responde: Yo que hablo justicia, yo que...
8. El profeta Zacarías dice que vió á Jesús, sacerdote grande,

vestido con..., y á Satanás que... Es recibido por el Padre amantísimo el Hijo queridísimo...

9. Cuenta el Evangelista que los discípulos volvieron á Jerusalem con gozo grande... ¿Por qué? Porque se confirmaron plenísimamente en la fe de su divinidad... Aunque la ausencia del Maestro los entristeciese, su alegría, ó les quitaba está tristeza, ó en parte se la aliviaba.

*Primera parte: Afecto que debemos tener á Jesús por los beneficios que nos dispensó en su Ascension.*

10. Las fiestas de la Iglesia sirven para aficionarnos á la piedad y movernos á la práctica de la justicia.
11. Como los Apóstoles debemos alegrarnos y entristecernos... Debemos alegrarnos, pues la gloria á la cabeza, es gloria de todos los miembros vivos. Por esto san Leon, papa, ... Murió por nuestros pecados, resucitó por nuestra justificacion, subió al cielo para... tomar por nosotros posesion de la herencia celestial... Mardoqueo exaltado por Asuero en lugar de Aman... Aplicacion de este símil.
12. Jesucristo desde el cielo hace que de tal modo instituyamos nuestra vida, que al fin podamos llegar á él... Por eso nos prometió y envió el Espíritu Santo, segurísima guia, compañero y ayudador... Grande lluvia que por los ruegos de Elías cayó sobre la tierra, símil de la copiosa lluvia de dones celestiales que Jesús... *Dedit dona hominibus... Ex plenitudine ejus nos omnes accepimus...*
13. Tambien nos prepara lugar... Aboga cerca de su Padre, no por sí, sino por nosotros... Símil de un soldado que en presencia del emperador... Su sangre clama mejor que la de Abel... ¿Qué sangre mas eficaz que la suya para...
14. Símil de la sangre del cordero pascual con que mandó Dios rociar las puertas de los israelitas en Egipto...
15. Debemos entristecernos... Pero ¿qué causa tenemos hoy de tristeza? La separación y ausencia del Maestro amantísimo y Padre carísimo... Lágrimas de David y Jonatás cuando se separaron... Las de Jacob cuando se separó de Benjamín... ¿No es justo que los que quedamos en las tinieblas de este mundo, sintamos el ocaso y ausencia del Sol de justicia?
16. Penetrados, pues, del sentimiento de orfandad y soledad, digamos con san Agustin: Te fuiste, Consolador mio,...

*Segunda parte: Lo que debemos hacer en este día.*

17. Debemos esforzarnos con todo anhelo á llegar donde está Jesús. ¿Por qué camino? Él mismo es el camino, la verdad y la vida. Digamos, pues, con san Bernardo: Sigamos, Señor, á tí, por tí y para tí... Al que venciere, dice Jesús, le daré...

18. Entre las muchas causas de haber querido el Unigénito de Dios llegar al trono de la gloria paternal, no es la última la de demostrarnos la perfeccion de la vida cristiana, ya con palabras, ya con su ejemplo... Aquella consiste en la perfeccion de la caridad... El amor propio debe vencerse para que aquella reine en nosotros. Este es el primer grado... que obliga á todos en comun.

19. Otro hay que pertenece á los mas perfectos... Consiste en que la mente esté siempre unida con Dios por el amor continuo... Esta caridad, aunque muy deleitable, el camino para ella es dificultoso... Sin embargo nadie decaiga de ánimo... Esto no obliga á todos..., y sí solo á los que aspiran á la perfeccion de la vida cristiana.

20. Pues que el Salvador quiso establecer en el mundo no solo la caridad necesaria, sino la perfecta, y estando su camino cercado de trabajos, debió venir, vivir y morir entre trabajos y combates. Avergoncémonos, pues, de andar por otro camino que el que anduvo nuestro Rey... *Pudeat sub spinoso capite membrum esse delicatum...* ¿Por ventura se nos ha de abrir otro nuevo camino para ir al cielo?... Repasa y cuenta, dice san Jerónimo, todos los... Solo Salomon estuvo en delicias, y por eso acaso peligró. Repudiamos, pues, los deleites carnales... Abracemos la cruz de Cristo... para ser coronados en cuerpo y alma en la eterna bienaventuranza.

## SERMON II

SOBRE LA ASCENSION

### DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in caelum, et sedet à dextris Dei. (Marc. xvi).*

Y el Señor Jesús, despues que les habló, se subió al cielo, y está sentado á la diestra de Dios.

1. Entre los dias faustos y alegres que acostumbró á celebrar la ambicion humana, es muy insigne aquel en que, despues de una sangrienta batalla, alcanzó victoria y rindió á sus enemigos; mayormente si es una tal victoria, á que se deba aclamar triunfo. Porque en este dia los hombres desde el sumo riesgo y peligro son llevados á la suma felicidad y gloria. Pues en las batallas no solo se pelea por la vida, sino muchas veces tambien por las riquezas, por la gloria, por el mando y por la libertad: porque todo esto pierden muchas veces los vencidos, y esto mismo ganan los vencedores. Y así por dos títulos se alegran: uno, porque salieron de unos grandes peligros; y otro, porque con mucha gloria consiguieron unos grandes despojos. Y por esto tienen este dia, entre todos, por faustísimo y felicísimo. Esto denotó claramente Isaias, quien la alegría por la redencion humana, y el gozo de los redimidos, comparó con esta alegría, cuando dijo<sup>1</sup>: Se alegrarán á tu presencia, como los que se alegran en la mies, como se regocijan los vencedores cogida la presa, cuando reparten los despojos.

2. Por aquí, hermanos, se podrá juzgar de algun modo la alegría y gloria de este dia. Pues hoy celebramos el dia triunfal de Cristo, y lo que es mas, celebramos el último y nobilísimo entre todos sus triunfos. Porque lo primero, triunfó de la muerte, cuando habiéndola vencido, resucitó vivo á esta luz y vida. Y lo segundo, triunfó del reino de los infiernos, cuyas puertas de hierro y bronce rompió, sacando consigo á todos los justos, esto es, la no-

<sup>1</sup> Isai. ix.

billísima presa de los Santos. Y estos dos triunfos denotó el Señor por estas palabras de Oseas<sup>1</sup>: Seré tu muerte, ó muerte, seré tu mordedura, ó infierno. Lo tercero, triunfó del enemigo eterno del género humano, á quien ató con cadenas duras como los diamantes, para que no engañase en adelante á las gentes. Cuyo triunfo él mismo habia profetizado poco antes por estas palabras<sup>2</sup>: Ahora es el juicio del mundo, ahora el príncipe de este mundo será lanzado afuera. Últimamente triunfó, lo cuarto, del pecado que dominaba latísimamente en el mundo, el cual en la realidad erucificó en la cruz, de cuya tiranía no solamente estuvo exento él, sino que tambien libró poderosamente á muchos mortales que vivieron inocentemente. Y restaba aun, que despues de todos estos triunfos ilustres triunfara del reino celestial, cuyas puertas estaban cerradas para todo el linaje humano desde el principio y creacion del mundo. En figura de esto el Señor, despues de aquella caída de los primeros hombres, puso un Querubin á la entrada del paraíso, y una espada de llamas y versátil para guardar el camino del árbol de la vida<sup>3</sup>. Pues esta tan vigilante y firme custodia, que á hierro y fuego prohibia la entrada á los hombres, la quitó el Salvador. Porque el fuego lo apagó con el agua preciosísima de su costado, y la punta de la espada se embotó con las llagas que recibió en su cuerpo: y así finalmente se quitó aquella guarda, y se abrió camino á los mortales para la inmortalidad: por el cual entró en este día no solo él, sino tambien en su acompañamiento entró toda la turba de cautivos, asociada de los coros de los espíritus bienaventurados.

3. Estos nobles triunfos describe san Juan en el Apocalipsis por estas palabras<sup>4</sup>: Ví, y hé aquí un caballo blanco, y el que se sentaba sobre él tenia arco, y se le dió corona, y salió venciendo para vencer. Á la verdad que el caballo blanco se entiende la purísima é inmaculada humanidad de Cristo, en la cual como en caballo estaba sentado el Verbo divino, y la corona es la insignia de su potestad real y de su divinidad, porque en su vestido y su muslo llevaba escrito, Rey de reyes y Señor de señores; y el arco es la virtud del divino espíritu, cuyas saetas son agudas, y se disparan á los corazones de los adversarios del rey, no solo para herir los enemigos, sino tambien para llagar á los mismos con la herida de la caridad. Con esta fuerza y poder Cristo Señor nuestro sujetó á sí todas las cosas supremas é ínfimas, y triunfando magníficamente alcanzó y cogió de sus enemigos ilustres trofeos. Pues de estos triun-

<sup>1</sup> Osee, xiii. — <sup>2</sup> Joan. xii. — <sup>3</sup> Genes. iii. — <sup>4</sup> Apoc. vi.

fos hoy celebramos el nobilísimo y el postrero, al cual se destinaban todos los otros. Pues el motivo por que triunfó del pecado, de la muerte, del diablo, del reino de los infiernos fue, para que no hubiese impedimento alguno que nos embarazara el camino para el cielo. Y de esto colegimos claramente que en este día se celebra no solamente el triunfo de Cristo, sino tambien el nuestro: respecto que por él se nos abrió camino para aquellas bienaventuradas moradas, y se venció la tiranía de la muerte, que nos tenia á todos oprimidos con una dominacion importuna. Por tanto, la solemnidad de este día pide que os explique qué afecto debemos tener al autor de este tan grande beneficio, y qué debemos hacer nosotros para que merezcamos llegar á su compañía. Y para que esto lo pueda yo hacer dignamente, imploremos con humildad el auxilio celestial por la intercesion de la sacratísima Virgen: *Ave María*.

4. Entre todos los Evangelistas san Lucas puso especial cuidado en explicar con mas latitud la historia de la Ascension del Señor. Porque ya al fin de su Evangelio, y luego al principio de los hechos apostólicos hace particular mencion de ella. Al fin del Evangelio cuenta que el Señor y Salvador trató muchas cosas con sus discípulos sobre el misterio de su pasion y resurreccion, á quienes con autoridad de las Escrituras mostró que convenia que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercero día, y que se predicara en su nombre la penitencia y el perdon de los pecados para todas las gentes, comenzando desde Jerusalem. Y vosotros, dice, sois los testigos de estas cosas, y yo enviaré el prometido de mi Padre á vosotros: y vosotros sentaos en la ciudad, hasta que os vistais de virtud desde lo alto. Y despues de esto, dice el santo Evangelista que el Señor sacó fuera de la ciudad al monte Olivete á sus discípulos, desde donde habia de subirse á los cielos, y allí les hizo la última despedida en el ejercicio de la oracion. Porque extendiendo en lo alto aquellas sus manos santísimas los bendecia, es decir, les rogaba bienes y felicidades, y por ellos hacia oracion al Padre. Y sucedió, dice el Evangelista, que bendiciéndoles se apartó de ellos, y era llevado al cielo. Y los coloquios del Maestro amantísimo que intervinieron allí antes de la partida, los saludos, los abrazos, las lágrimas de piedad y devocion, la larga despedida, ¿quién es capaz de explicarlo con palabras? Sin embargo los amadores de Cristo pueden conjeturar esto, parte por el amor recíproco de los discípulos y el Maestro, y parte por la ausencia de este amantísimo dueño. Ciertamente, el afecto piadoso de los discipu-

los para con su Maestro que se ausentaba, lo describe san Bernardo por estas palabras: ¿Qué pensais, hermanos, cuánto dolor y temor asaltaría á los pechos de los Apóstoles, cuando vieron que se iba el Señor de con ellos, y que se levantaba á los aires no ayudado de escaleras, no levantado con maromas, y aunque acompañado con la comitiva angélica y obsequiado de ella, mas no sostenido en su ayuda, sino andando por la muchedumbre de su fortaleza? El dolor, pues, era nímio, porque veían que aquel por quien todo lo habían dejado, se les quitaba de su vista y presencia, de modo que no podían menos de llorar los hijos al esposo, quitándose este amado; y el temor, porque quedaban huérfanos en medio de los judíos sin haber sido aun confirmados con la virtud de lo alto.

5. Y no se debe pasar en silencio un milagro insigne que el escoliador de san Jerónimo describe en el epitafio de santa Paula, que sucedió en este monte. Así es como dice: Al monte Olivete rodea el arroyo Cedron y lo divide de Jerusalem, en donde se veían impresas en la tierra las huellas últimas del Señor aun en el tiempo de san Jerónimo, como él lo escribió, no sin un admirable milagro. Pues aunque la misma tierra se sacaba y cavaba de allí todos los dias por la devocion de los fieles, esto no obstante las santas huellas inmediatamente recobraban su antiguo estado. Añade tambien otro milagro san Jerónimo, y es, que construyéndose en aquel sitio una iglesia, nunca pudo cubrirse con tejado, ni embovedarse, sino que desde la tierra hasta el cielo quedó siempre patente el camino por donde el cuerpo del Señor había subido á los cielos. Pues con este tan largo y estupendo milagro debió ilustrarse esta tan grande solemnidad.

6. Pues ahora, hermanos, dejando algun tanto la tierra, subamos al cielo en pos de nuestro Salvador; el cual acompañado del numeroso ejército de almas santas y de Angeles, luego que llegó á las puertas del cielo, cerradas hasta aquel dia al linaje humano desde el principio del mundo, las Virtudes celestiales que iban en su compañía, segun dice san Dionisio, comenzaron á decir aquellas palabras del Profeta<sup>1</sup>: Abrid vuestras puertas, príncipes, y levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria. Ellas, por el contrario, no ignorantes de la gloria del Rey, sino admirando su virtud, preguntan mutuamente, ¿quién es este rey de la gloria á quien así se han de abrir unas puertas que desde el principio del

<sup>1</sup> Psalm. xxiii.

mundo han estado cerradas al género humano, ni hasta ahora se han abierto á mortal alguno? Ellos responden á coros: El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. El Señor que inerme y desnudo con el báculo de la cruz rompió la cabeza de la serpiente antigua, quebró las cerraduras de hierro de los infiernos: de allí sacó los despojos de los santos, y derrotó el reino del diablo.

7. Y ya viendo al Señor rojeear con las llagas sanguíneas, y admirando en una tan humilde y débil naturaleza tanto poder y gloria, pasmadas preguntan otra vez<sup>1</sup>: ¿Quién es este que viene de Edom, teñidos sus vestidos de Bosra? Esto es, rojeando con el vestido sanguíneo, y resplandeciendo con las llagas purpúreas. Y hace mencion de Edom, es decir de la tierra de los idumeos, que habitaban los hijos de Esaú; y de Bosra, que era la ciudad capital de los moabitas. Pues como estos dos pueblos eran enemiguísimos de los hijos de Israel, y tenían con ellos unas implacables enemistades, puso los nombres propios de ellos por los apelativos, cosa frecuente en las santas Escrituras, de modo que haga este sentido: ¿Quién es este que viene de la tierra de los enemigos rociado y lustroso con el color sanguíneo? ¿Quién es este tan hermoso en su estola ó ropa, que camina en la muchedumbre de su fortaleza? Y preguntando los Angeles, responde el Señor: Yo que hablo justicia, y que doy una sentencia justísima á favor del género humano contra el diablo su acusador. Yo, digo, que hablo justicia: esto es, cuyo anhelo sumo fue renovar la justicia y la santidad, que estaba apagada en el mundo: cuyo singular oficio es pelear por la salud de los hombres contra los enemigos del género humano, es decir, contra el pecado y el autor del pecado que es el diablo. Cuyos enemigos á la verdad hollé en mi furor y pisé en mi ira. Porque mi indignacion me auxilió á mí. Esto es, ardió en mi pecho tanta indignacion y tanta ira contra el pecado y el diablo, que apartaban los hombres de Dios, que porque no podia desterrar estos enemigos del linaje humano sin la efusion de mi sangre, la derramé gustoso, y expendí mi vida para derrotarlos y reconciliar los hombres con Dios. Y por esto se roció la sangre de ellos sobre mis vestidos, y manché todas mis vestiduras: esto es, porque tomé á mi cargo purificar y lavar todas las culpas y maldades del linaje humano.

8. Y conseguida ya la victoria de los enemigos, y quitada enteramente toda aquella deformidad que se veía en el cuerpo de nues-

<sup>1</sup> Isai. lxxiii.

tro Salvador cuando peleaba en la cruz contra el comun enemigo, se mudó despues en una suma hermosura. Ambas cosas describe el profeta Zacarías, diciendo <sup>1</sup>: que vió á Jesús sacerdote grande, vestido con unas vestiduras súcias, y á Satanás que se le oponia y maquinaba la muerte, y deseaba derrotar su reino. Pero el Señor lo ahuyentó, reprendiéndolo, y lo rebatió, y vuelto á los Ángeles les dijo: quitadle los vestidos manchados. Y á Jesús dijo: mira que te he quitado tu iniquidad, es decir, la iniquidad que hiciste tuya por el afecto de caridad, y recibiste en tí para lavarla, y te vestí con los adornos de muda, esto es, con adornos muy resplandecientes de gloria y la inmortalidad. Y dijo: poned la tiara limpia sobre su cabeza. Y ¿qué es la tiara, sino aquella gloria singular que cupo hoy á aquella humanidad sagrada, cuando con tanta alegría de la corte celestial y gozo universal de todos los habitantes del cielo se colocó á la diestra del Padre? Á la verdad que si en aquella incommutable sustancia del eterno Padre hubiera podido caer alguna nueva alegría, ciertamente hubiera sido en este dia. Esto no obstante allí no faltó, mas no fue nueva, porque desde ab eterno la tuvo siempre presente y siempre nueva. Es, pues, recibido por el Padre amantísimo el Hijo queridísimo, despues que consumó su obra de obediencia, y es colocado por él á su diestra, segun lo habia él merecido. Porque en quanto es Dios, está en igual y el mismo asiento que el Padre; pero en quanto es hombre, se sienta en el segundo lugar próximo al Padre.

9. Y luego que perdieron de vista los discípulos la presencia del Señor, cuenta el Evangelista que allí mismo adoraron humildemente al Señor, y que con mucho gozo se volvieron á Jerusalem. ¿Por qué, pregunto, con gozo grande, cuando debieran mas entristecerse por la ausencia del Señor que alegrarse? Porque si anteriormente profetizándoles el mismo Señor que iba al Padre, se entristecieron tanto, que les dijo él mismo: Porque os he hablado estas cosas, se llenó de tristeza vuestro corazon, ¿cómo ahora, yéndose y apartándose él, se llenan de gozo, cuando profetizándoles su ausencia se llenaron de tristeza? Porque mas suele atormentar el ánimo la pena y sufrimiento del dolor, que su prediccion ó prevision. La respuesta está pronta: y es, que aunque no se apartasen de la compañía de su amantísimo Maestro sin muchas lágrimas de devocion y de amor; sin embargo á estas lágrimas se juntó un grande gozo, cuando con este tan estupendo milagro de su ascension se confirmaron plenísi-

<sup>1</sup> Zach. III.

mamente en la fe de su divinidad; cuando vieron claramente que él no solo habia resucitado de entre los muertos, sino que en su cuerpo y alma subia á los cielos, cosa que hasta entonces no hizo nunca mortal alguno. Y por esto se refiere que adoraron en este lugar al que subia, con una especie de veneracion que se da á solo Dios. Y siendo esto así, ¿cuánta era, pregunto, la causa de alegrarse sabiendo ciertísimamente que era Dios omnipotente aquel que les habia prometido bienes inefables, aquel que con ellos habia usado de tanta benevolencia y caridad, y á quien habian tenido como un padre benignísimo, un maestro suavísimo y un amigo fidelísimo? Porque si los bienes todos de los amigos son comunes; luego quanto tenia ó en el cielo ó en la tierra aquel amigo sumo y omnipotente pertenecia á ellos tambien, y en él eran participantes de todas las cosas. Pues ¿acaso no tenian una causa suma de alegrarse? Aunque la ausencia del Maestro los entristeciese; sin embargo era tanta la alegría en esta fe y comunicacion de bienes, que, ó totalmente les quitaba esta tristeza, ó en parte se la aliviaba.

*Primera parte: Afecto que debemos tener á Jesús por los beneficios que nos dispensó en su Ascension.*

10. Habeis oido, hermanos, la historia de la Ascension del Señor; ahora parece consiguiente que os explique qué debemos sentir nosotros en esta sagrada solemnidad, ó qué sea razon hagamos en ella. Porque las fiestas de la Iglesia no se han instituido solo para la gloria de Cristo y de los Santos, sino tambien para nuestra utilidad; para que con los misterios de ellas nos podamos aficionar á la piedad y mover á la práctica de la justicia.

11. Pues lo primero la condicion de este beneficio nos pide que, como los Apóstoles, debemos tambien alegrarnos y entristecernos por él. Porque nada impide que de una misma cosa por razones y respectos diversos podamos alegrarnos y entristecernos á un mismo tiempo. Y hablando lo primero del gozo y alegría, la razon que impelió los pechos apostólicos á que se alegraran, la misma debe estimularnos á nosotros, esto es, á todos los miembros de Cristo, al mismo gozo y alegría. Porque ¿quién pensará que de la gloria de la cabeza se deben excluir los miembros vivos? Pues su gloria es gloria nuestra. Por este título san Leon, papa, nos exhorta á este gozo espiritual por estas palabras: Porque la Ascension de Cristo es nuestra promocion, y donde procedió la gloria de la cabeza, allí se llama

tambien la esperanza del cuerpo; regocijémonos, dilectísimos, con unos gozos dignos, y alegrémonos con una piadosa accion de gracias. Porque hoy no solo hemos sido confirmados poseores del paraíso, sino que tambien en Cristo hemos penetrado las alturas de los cielos, habiendo conseguido mas por la gracia inefable de Cristo, que era lo que teníamos perdido por la envidia del diablo. Porque aquellos á quienes el venenoso enemigo expelió de la felicidad de su habitacion primera, á estos mismos, incorporándolos consigo el Hijo de Dios, los colocó á la diestra del Padre, é hizo que se sentaran con él en los cielos. Hasta aquí san Leon. De aquí se puede colegir que todas las obras de nuestro Señor y Salvador, que hizo antes de la pasion ó despues de ella, nos fueron saludables. Porque así como por nosotros encarnó y padeció, así tambien por nosotros resucitó y subió á los cielos. Murió, á la verdad, por nuestros pecados, resucitó por nuestra justificacion, y subió al cielo para presentarse á la presencia del Padre por nosotros, y por nosotros tomar la posesion de la herencia celestial, de la que estaba desheredado todo el linaje humano por causa del primer pecado. En lo antiguo todos los judíos, que vivian en el reino de Asuero, estaban sentenciados y condenados á muerte, siendo autor de esta desgracia Aman, enemigo cruelísimo de ellos. Sin embargo el suceso, disponiéndolo así Dios, sucedió tan al contrario, que Aman fuese ahorcado, y Mardoqueo, judío, se sustituyese en su lugar príncipe del palacio, y de consiguiente quedase libre de la muerte que amenazaba á todo el linaje de los judíos <sup>1</sup>. En cuyo tiempo les asaltó una tan grande alegría, que les pareció que salia un nuevo sol y una nueva luz, viendo que su enemigo cruelísimo era ahorcado, segun lo tenia bien merecido, y que Mardoqueo, que era descendiente de su raza, era exaltado por el rey al lugar que dejaba el difunto. Por este ejemplo, hermanos, podréis entender de algun modo cuán grande causa de alegría tengamos en este dia, en el cual vemos al diablo, enemigo cruelísimo del género humano, destruido y derrotado por la muerte de Cristo, y á Cristo Señor nuestro, príncipe de nuestro linaje, exaltado en el palacio celestial sobre todos los coros de los Ángeles, y colocado á la diestra del Padre. Pues ¿con qué alegría debemos hoy regocijarnos y triunfar nosotros, que confesamos al consorte de nuestra naturaleza, á nuestro hermano, al que es hueso nuestro y carne nuestra elevado á la diestra del Padre, para con su patrocinio abogar por nuestra causa? Á la verdad que de esta manera consoló el Se-

<sup>1</sup> Esther, III.

ñor á sus discípulos tristes por su ausencia, habiéndoles dicho que esto pertenecia para su gloria y su utilidad. Si así no fuera, les dice, yo os lo hubiera dicho <sup>1</sup>: pues voy á aparejaros lugar. Y si me fuere, y os aparejare lugar, otra vez vendré y os tomaré para mí mismo, para que donde estoy yo, esteis vosotros tambien.

12. Pero diréis acaso: ¿Cómo residiendo Cristo en el cielo, nos prepara este asiento felicísimo? La respuesta está pronta. Á saber, porque hace en el cielo que nosotros, que vivimos en la tierra, nos fabriquemos casa en el cielo con los méritos de virtudes y buenas obras: es decir, que de tal modo instituyamos nuestra vida, de tal manera dirijamos al cielo nuestros pasos, que al fin podamos llegar á él. Y esto hace cuando desde el cielo nos envia el Espíritu Santo, el cual es una segurísima guia, compañero y ayudador de la vida, segun atestigua el real Profeta cuando dice <sup>2</sup>: Tu Espíritu bueno me conducirá á la tierra recta. Pues este Espíritu, yéndose al cielo, no una sola vez nos prometió que lo enviaria á nosotros; y este don en la realidad nos mereció por el sacrificio de su muerte. Sin embargo, esta dádiva no nos la dió inmediatamente que murió, sino despues cuando subió á los cielos y se presentó á la presencia del Padre, para que fácilmente constara que por obra de él se nos daba este tan grande don. Esto, á la verdad, atestigua el Apóstol san Pedro por estas palabras <sup>3</sup>: Exaltado por la diestra de Dios, y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, derramó este don que veis vosotros; quiere decir, envió desde el cielo el Espíritu Santo, que llene el orbe de la tierra, y convierta la esterilidad é impiedad del mundo en una abundancia suma de justicia y de piedad. Esto figuró claramente aquella grande lluvia que por los ruegos de Elías cayó sobre la tierra. Pues por este tiempo habia una esterilidad suma en la region de los judíos, porque no llovió en tres años y medio. Al cabo de esta temporada subió Elías al monte, para con su oracion traer á la tierra aquella lluvia que él mismo habia secado. Y orando postrado en la tierra mandó á su criado que volviendo los ojos al mar anunciara qué era lo que veia. Entonces el criado le dijo <sup>4</sup>: Veo una nube pequeña como la planta del pié de un hombre. Pues esta nubecilla, orando Elías, creció y tomó tan grande cuerpo, que cubrió toda la faz del cielo, y liquidada por último empapó la tierra seca y estéril por la sequedad larga, y la fecundó con una máxima abundancia de mieses y frutos de todos géneros. Pues á este modo nuestro Salvador, que viviendo entre los

<sup>1</sup> Joan. XIV. — <sup>2</sup> Psalm. cxlii. — <sup>3</sup> Act. II. — <sup>4</sup> III Reg. xviii.